

el del arte abstracto. Porque el paisaje que se intenta pintar es puramente interior: toda reproducción o alusión a objetos exteriores y reales está interdicta: líneas arbitrarias, colores análogos o los de los fenómenos entópticos, incluso, diríamos nosotros, a los descritos durante las jaquecas en el espacio negro visual, son los únicos permitidos. Con esas «composiciones», desde Kandisky a Hans Hartung se pretenda pintar «el orden interior humano», o la «sensación de movimiento y resistencia», de «vuelo», «de atracción», como en las pinturas de Malevitch. Es, pudiéramos decir, la que la fenomenología de *Husserl* quisiera pintar cuando dejados a un lado los contenidos del pensamiento, puestos estos entre paréntesis, la conciencia en un trabajo de autoanálisis se refleja sobre sí misma.

* * *

Me parece que habremos conseguido poner de relieve—e ilustrado luego con el paisaje pictórico—la relación de cada uno de los elementos del paisaje con una esfera psicológica: el color con la afectividad; la forma con la razón; la espacialidad con la voluntad, con el factor dinámico.

Ahora nos toca analizar cómo desde el paisaje estos elementos y sus combinaciones—fundidos en la luz—actúan sobre el hombre.

Tal actuación es aceptada plenamente por *Heilpach* que recuerda que nunca, ni en la ciencia ni en sus orillas ha emudecido la pregunta de si hay «una modelación del pueblo por el paisaje». Ya se comprende que las relaciones son complejas, porque a su vez el hombre con su actividad influye en la modelación del paisaje—veremos luego que nuestra huerta es un buen ejemplo de ello—. Y en último término, cuando el alma de un tipo de hombre no es compatible con su paisa-

